

Puntos Corazón,

una obra en movimiento

Editorial de Padre Thierry de Roucy - DPCAO Nº 48 - septiembre 2004

Aunque un carisma sirva para la edificación de la Iglesia, nada tiene de piedra inerte. Es más bien comparable a una joya que se inserta en un corazón o a una semilla que se planta en alguna parte de la tierra de la Iglesia para regenerarla, enriquecerla, fecundarla. Cuando llega esta semilla, se la mira un tiempo y luego se le da un nombre ¡Siempre se busca definirla! Se ve su forma, se descubre en ella potencialidades, se imagina su evolución. Pero en realidad, no se puede saber bien lo que ella es y lo que será de ella, como no se puede saber el devenir de un bebé que se puede admirar en la cuna... Cuando se desarrolla, todo carisma asombra, sorprende, despista. Es que se asemeja al Espíritu Santo: no se sabe de dónde viene ni adónde va, jamás se logra tener una idea definitiva de Su figura. La tentación, es limitarlo, restringirlo al concepto inicial que se tiene, encerrarlo en estructuras estrechas, no esperar de él ninguna novedad, ninguna creación, ninguna recreación...

Cuando Puntos Corazón nos fue dado, lo calificamos como obra «de compasión y consolación». Frente al gobierno civil declaramos que se trataba de una asociación que permitiría a jóvenes voluntarios pasar entre catorce meses y dos años en un barrio pobre para aportar un apoyo cotidiano a los más abandonados de los niños. En los estatutos eclesiales, hemos escrito que Puntos Corazón participaba en la misión evangelizadora de la Iglesia ofreciendo a los que más sufren el socorro de una presencia, de una amistad, esto a través de jóvenes voluntarios que se comprometerían a vivir de oración, de amor fraternal y de compasión por un tiempo dado. Catorce años después, parece que todo lo que fue dicho al principio sigue tal cual, pero que al mismo tiempo todo se ha ensanchado. El sufrimiento al cual Puntos Corazón quiere aproximarse no es más solamente aquel de la miseria de los barrios pobres, sino el de la soledad que se encuentra hasta en los lugares más refinados como el dolor humano más extremo. En consecuencia, Puntos Corazón hoy no se instala solamente en los barrios pobres, sino también cerca de los hospitales, las universidades y escuelas, de organismos y de empresas –en definitiva, en todo lugar donde la soledad se manifiesta como un mal particularmente destructor sobre el cual el Espíritu Santo quiere colocar un bálsamo. Los voluntarios, inicialmente llamados a vivir su misión por un tiempo limitado pueden de ahora en adelante, si se sienten llamados, a consagrar toda su vida a Dios en la Obra. En fin, no solamente los laicos pueden sumarse a la asociación, sino también los sacerdotes. Sin renegar de nuestra experiencia inicial –aquella de la vida compartida en los barrios pobres- que sigue siendo el principio y el desarrollo de nuestra reflexión, diríamos que percibimos hoy nuestra misión como una humilde participación a la creación de una « cultura de compasión » y que esta misión no compete solamente a los Amigos de los niños sino también a los miembros de la Fraternidad Maximiliano Kolbe y a todos aquellos que, de una manera u otra, se dejaron alcanzar por el espíritu de la Obra, siendo que adhieran formalmente o no.

Porque mueve y hace mover, un carisma provoca miedo. Da miedo a aquel que lo recibe, porque se siente continuamente sobrepasado y porque, de una manera u otra, conduce a la cruz. Da miedo a aquel de quien se apodera y que se pregunta hasta que punto su inteligencia y su corazón tendrán que ensancharse, hasta que punto tendrán que ofrecer su vida a Dios. Da miedo a las autoridades que con frecuencia temen a la novedad y la ponen a prueba rechazándola, evitándola o invitándola a la discreción, incluso al silencio. ¡La historia del Gólgota que se renueva sin cesar!

De hecho, el carisma molesta como el niño que toma la mano de aquellos que tanto querrían descansar apaciblemente, obligándolos a levantarse y retomar la aventura. Molesta como el bien suele molestar. Pero, ¡tanto mejor! Porque, dándose a la Iglesia, el carisma la ayuda a seguir en movimiento, a no envejecer, a no instalarse en estructuras que con frecuencia obstaculizan al Espíritu Santo... La ayuda incitándola a pasar a la otra orilla y recordándole que Dios es verdaderamente el Maestro de todo.